

## Las identidades de la comensalidad: entre la crianza y la educación escolar

**LOS VÍNCULOS QUE SE ESTABLECEN ENTRE PADRES E HIJOS EN TORNO A LOS RITUALES DE LA COMENSALIDAD NO SÓLO SON EDUCATIVOS SINO QUE ESTRUCTURAN LA PSIQUIS Y EL MUNDO RELACIONAL**

El proceso de hominización tiene un acontecimiento crucial en la invención de la cocción de alimentos. Esta fue una revolución que inició el proceso de diferenciación de la especie humana del resto de la naturaleza. De allí en más, nuevas y más cruciales diferenciaciones –domesticación de los animales, la agricultura de cereales– fueron jalonando la construcción social de pueblos y civilizaciones. De la caza y recolección hasta la producción industrializada de los alimentos han transcurrido más de diez mil años de historia.

Posicionados ante el hecho de la comida como alimento, entre padres e hijos se establece el vínculo de parentalidad/comensalidad. Desde el mismo inicio de su vida, el cachorro humano se instituye como comensal y se une en un apego casi indiferenciado con su madre al momento de nutrirse. En ese mismo proceso, el niño como comensal interpela el proceso psicológico de la parentalidad. Ésa es la escena inaugural de la comida donde el niño convierte al adulto en madre y sobre esa relación se construyen las artes de la crianza que perduran a lo largo de toda la vida.

La relación sostenida entre parentalidad y comensalidad, entre viejas y nuevas generaciones reunidas en torno de la escena del comer, construye las filiaciones más cuidadas y perseverantes de la conversación. La comida llega a instituirse en un hecho simbólico. En torno a esta escena original, se despliegan las necesidades básicas del niño: en principio su

seguridad física y afectiva; simultáneamente el respeto y la estabilidad a largo plazo como el reconocimiento de la certeza de seguir comiendo juntos y, por último, pero sincrónicamente con las anteriores necesidades, la presencia insoslayable de los límites, sin los cuales el apego se desorganiza, falla la parentalidad y la filiación se diluye.

El niño como comensal ha de ser más y mejor escuchado por los sistemas de crianza y formación escolar, esto es en la mesa familiar y en el comedor escolar. Es en la escena de la comida donde tenemos la oportunidad de integrar ante el otro y con el otro afectos, cogniciones, comportamientos de filias y fobias, palabras y silencios.

El niño que come solo

El comensal se forma en entornos previsibles donde el gusto, la sensorialidad y la estética importan tanto como el sabor de las comidas y las bebidas, sus secuencias, sus pequeños rituales. No hay comensalidad sin el otro porque por definición comensal es una identidad relacional. El niño que come solo inicia un proceso de deshumanización ya que pierde la palabra conversada en el diálogo empático de la parentalidad. El niño que come solo es un huérfano del mundo simbólico. Por qué asombrarse después de las patologías de la alimentación cuando antes no se instituyeron las identidades del comensal.

En las múltiples mesas del comer empiezan, concluyen y continúan el reconocimiento de las emociones, la educación sentimental y las capacidades de afrontamiento. ¿Dónde aprender sino la ciencia de los matices, los gustos y disgustos, los desafíos del autocontrol y las exigencias de la limpieza y el orden que los alimentos imponen?

Antes de ser aprendiz o alumno, el niño es comensal. Es interés de familia y escuela y comunidad hacer de esta experiencia un encuentro seguro, ritualizado e informado por el conocimiento.